

CAPÍTULO VII.

1811—1812.

PRINCIPIO DE LA GUERRA.

Se reúne el Congreso en 4 de Noviembre.—Enrique Clay es elegido Presidente de la Cámara.—El mensaje del Presidente.—Disposiciones adoptadas por la mayoría.—Informe del Comité de relaciones extranjeras.—Debates.—Situación del Presidente.—Incendio del teatro de Richmond en Virginia.—Cuestiones de Hacienda.—Medidas que se adoptaron.—La conspiración de Henry.—Los despachos de Londres.—Se decreta el embargo por noventa días.—Se admite a Lousiana como Estado de la Union.—Muerte del Vice-presidente Jorge Clinton.—Negocios extranjeros.—Barlow en Francia.—Disturbios en Inglaterra.—Carta de Foster á Monroe.—La crisis.—El mensaje de guerra de Madison.—Informe del Comité de relaciones extranjeras.—Debate á puértas cerradas.—La Cámara y el Senado aprueban el *bill*—Declaración de guerra.—Proclama del Presidente.—Manifiesto de la minoría á sus Constituyentes.—Se cierra el Congreso.—Proclama del Presidente.—Apéndice al capítulo VII.

En vista de la crítica situación de los negocios, el Presidente espidió en julio una proclama convocando al Congreso un mes antes que de costumbre, y en 4 de noviembre se reunió aquel en la ciudad de Washington, dispuesto á comenzar desde luego sus tareas. Las elecciones habian sido favorables al Gobierno, y el partido democrático se creyó con suficientes fuerzas para proponer medidas mas enérgicas que otras veces. Enrique Clay, que se presentaba entonces por primera vez á la Cámara, y era un ardiente defensor de las ideas republicanas, fué elegido Presidente de aquella por una gran mayoría, en lugar de Mr. Bibb, á quien daban sus votos los hombres mas moderados del partido.

Al día siguiente remitió Mr. Madison su mensaje anual, en el que se trataba particularmente de las graves cuestiones que enton-

ces preocupaban á la nacion. El Presidente daba á conocer cuanto era su disgusto por la política que observaba el Gobierno Británico, el cual, no dando crédito á lo ofrecido por Napoleon, lejos de anular sus órdenes del Consejo, exigia que se cumpliesen rigurosamente. Hablaba luego Mr. Madison del espíritu hostil de las autoridades inglesas, las cuales se mostraban dispuestas á cometer abusos si continuaba la suspension de relaciones comerciales, añadiendo que la Gran Bretaña se negaba á indemnizar los daños y perjuicios que nos habia causado y que en las costas y en los puertos de la Union habian ocurrido escenas, á que daban lugar los abusos de Inglaterra, que no respetaba los derechos de la nacion. El encuentro del *Presidente* y el *Pequeño Bell* venia á confirmar este aserto.

Al hablar de Francia, decia el Presidente,

que la justicia y rectitud con que obraran los Estados-Unidos con dicha potencia, tanto antes como despues de la derogacion de sus decretos, daba derecho á esperar que su Gobierno habria adoptado las disposiciones necesarias para dejar satisfechas nuestras justas reclamaciones. El Presidente **1811.** terminaba este párrafo del modo que sigue: «Francia no ha tomado aun ninguna medida para indemnizar á los Estados-Unidos por los perjuicios que nos causó anteriormente, y sobre todo, para devolver los bienes de muchos ciudadanos de América, de que se apoderó rigiéndose por edictos, que aunque no afectaban á nuestras relaciones neutrales, fundábanse sin embargo en tan injustos principios, que la reparacion debia haber sido inmediata y completa. Respecto á este punto, los Estados-Unidos tienen razon sobrada para estar disgustados por las inesperadas restricciones que se han introducido en su comercio con los dominios de Francia, y si aquellas no desaparecen, será al fin preciso que las introduzcamos tambien nosotros por lo que hace á la importacion de géneros franceses en los Estados-Unidos. Con las demás potencias de Europa, las relaciones de la Union son amistosas.»

Al dar cuenta de las injusticias que habian obligado al Gobierno á dictar ciertas medidas para atender á la defensa del pais, el Presidente anunciaba al Congreso que se continuaba trabajando en las fortificaciones de las costas, y que la armada, las cañoneras, las tropas regulares y la milicia estaban preparadas para entrar en activo servicio, habiéndose de concentrar fuerzas principalmente en Indiana á fin de reprimir las tentativas de los salvajes, que á las órdenes de Tecumseh y el Profeta, amenazaban turbar la tranquilidad en aquel punto. Escitando al Congreso á que tomara desde luego sus

disposiciones para poner á los Estados-Unidos en estado de defensa, á fin de hacer frente á la crisis que se acercaba, recomendaba luego el Presidente que se aumentaran las fuerzas de la escuadra y sobre todo el número de buques, indicando asimismo la conveniencia de hacer leyes para regularizar la marina mercante y suprimir el contrabando. Al hablar de la hacienda, decia Mr. Madison, que se hallaba en un estado floreciente; que los ingresos del año anterior ascendieron á trece millones quinientos mil duros, con los cuales hubo suficiente para cubrir las atenciones del Gobierno, aplicando cinco millones de duros al pago de la deuda pública. El Presidente terminaba su mensaje asegurando á las Cámaras que la crisis era inminente, pero que confiaba hacer frente á ella con la cooperacion de todos y el auxilio de la Divina Providencia, si se adoptaban las disposiciones necesarias para defender los derechos de la nacion y proteger sus intereses.

El tono tranquilo del mensaje del Presidente, estuvo muy léjos de satisfacer las belicosas disposiciones de la mayoría del Congreso, y los hombres del partido democrático, tanto del Sur como del Oeste, resolvieron no tener mas contemplaciones y proponer la guerra contra la Gran Bretaña.

A principios de diciembre, el Comité de relaciones extranjeras, del que era Presidente Pedro B. Porter, informó sobre el mensaje de Madison, y conformándose con su opinion respecto al estado de los negocios públicos, proponia las medidas siguientes: 1.º, que se aumentara el número de establecimientos militares; 2.º, que se organizase un cuerpo de diez mil hombres; 3.º, que se autorizara al Presidente para aceptar los servicios de cincuenta mil voluntarios; 4.º, que se formasen los destacamentos de milicia

necesarios para el servicio público; 5.º, que se arreglaran todos los buques que no estuviesen en activo servicio, y 6.º, que se autorizase á todos los buques mercantes de los ciudadanos de América para armarse en su propia defensa.

Estas proposiciones dieron lugar á un acalorado debate en el que tomaron una parte muy activa Randolph, Calhoun, R. M. Johnson y Macon. Las cinco primeras fueron aprobadas por una gran mayoría y la sexta quedó sobre el tapete, con lo cual se significaba claramente que si los Estados-Unidos no pedían la guerra, la esperaban cuando menos (*). El Senado procedió del mismo modo, y todos sus miembros estuvieron unánimes en lo propuesto por la Cámara. Mr. Foster, el ministro Británico, escribió á Monroe en 17 de diciembre, defendiendo la política de su Gobierno, y el Secretario de Estado contestó en 14 de enero de 1812, manifestando «que en la conducta de Inglaterra no podía verse mas que un decidido empeño de afentar contra los derechos é intereses de la Gran Bretaña.

La situación del Presidente habia llegado á ser bastante crítica, pues segun ya hemos dicho, ni se juzgaba á propósito para desempeñar su cargo en épocas de agitacion, ni tenia tampoco inclinacion á la guerra. Su gabinete no pensaba como él en esta parte,

(*) Como hecho digno de recordarse, consignaremos aquí que en 30 de diciembre, resolvieron ambas Cámaras que se vistiera de luto por un mes en prueba de simpatía hácia Virginia, y á consecuencia de la catástrofe ocurrida en Richmond el 26 del citado mes. En la noche de dicho día, hallándose el teatro lleno de espectadores, se prendió fuego en el edificio, y á consecuencia de la confusion que se originó, perdieron la vida setenta personas, entre las cuales se contaban, Mr. Smith, gobernador de Virginia, Mr. Venable, miembro que habia sido de la Cámara, y otras personas de distincion. En el lugar de la catástrofe se erigió luego la Iglesia Episcopal y un monumento que recordaba el siniestro ocurrido en Richmond.

pero ninguno de los individuos que le componian se juzgaba tampoco apto para desempeñar debidamente sus funciones en tan peligrosa crisis, tanto mas cuanto que el pais no estaba preparado para empeñar la lucha con una potencia tan poderosa como bajo todos conceptos lo era la Gran Bretaña. Por otra parte, el estado de la Hacienda no era el mas favorable para atender á los gastos de la guerra; el imponer contribuciones, siempre odiosas, bastaba para atraerse la animosidad general, y á todo esto agregábase que iba acercándose el día de las elecciones, lo cual inquietaba á Mr. Madison pues tenia empeño en ser reelegido. Hé aquí porque era crítica la situación del Presidente, y lo iba siendo cada vez mas segun pasaban los días. Mientras vacilaba de este modo fueron á verle los principales hombres del partido democrático, los cuales le indicaron que debia resolverse de una vez, pues de lo contrario, seria muy probable le reemplazase en la silla presidencial De Witt Clinton. Esto bastó para que Madison se decidiera; accedió á los deseos del partido que optaba por la guerra y prometió seguir adelante con la mayor energía.

Sin embargo, allegar recursos para emprender la lucha, era una cuestion de las mas espinosas. Aunque Mr. Gallatin no estaba por la guerra, se le indicó que propusiera medios para reunir dinero, pero en la situación en que se hallaban los Estados-Unidos, hacíase muy difícil obtener mas cantidad que la necesaria para cubrir las acostumbradas atenciones del Gobierno. Por una parte, habíase aumentado el ejército en veinte mil hombres; por otra era preciso equipar cincuenta mil voluntarios, organizando al mismo tiempo un cuerpo de cien mil hombres de milicia; luego, debíanse poner en pié de guerra seis fragatas y construir otras, sin hablar de las cañoneras de Mr. Jefferson; y última-

mente, era indispensable terminar las fortificaciones de los puertos. Para todos estos gastos extraordinarios se necesitaba una crecida cantidad, y no quedaba mas remedio que hacerlo todo á la vez, porque se habian vendido la mayor parte de los buques, y disuelto el ejército.

El día 10 de enero de 1812, M. Gallatin remitió un informe al Comité de auxilios, en el cual manifestaba que en caso de guerra, los impuestos no producirian mas que dos millones quinientos mil duros; que los derechos sobre tonelaje, mercancías, etc., se estimaban en seis millones de duros, de los cuales era preciso dejar tres millones seiscientos mil para los gastos de 1813, y que en su concepto, se necesitaria negociar un empréstito de diez millones de duros anuales, durante la guerra, cuyo interés se podria pagar imponiendo una contribucion directa de tres millones de duros y otra indirecta de dos millones, fijando ciertos derechos sobre las licencias, el papel timbrado, etc. Mr. Gallatin terminaba su informe diciendo, que probablemente no habria dificultad en negociar los empréstitos, y recomendaba que se hicieran por el término de diez años.

Hácia fines de febrero la Cámara tomó en consideracion el proyecto y se aprobó por noventa y dos votos contra veintinueve un empréstito de once millones de duros (*). Como al principio no se reunia bastante aprisa la cantidad, se dispuso que el Tesoro facilitara cinco millones de duros en bonos, y se

(*) El espíritu que dominaba á la nacion era tal, que sin crear los impuestos, se reunieron mas de 15.000.000 de duros para el ejército y cerca de 2.700.000 para la armada. La renta de aduanas no escedió de trece millones en 1811, y apenas llegó á nueve y medio en 1812. Todas las guerras modernas se hacen negociando empréstitos, garantizados con el importe de las contribuciones; pero para la nuestra se obtuvo el dinero sin recurrir á los impuestos. *Historia de la segunda guerra*, por Ingersoll, vol. 1, pág. 70.

dobló el impuesto. Para reintegrar las sumas recibidas, no se contaba mas que con el sobrante de las rentas, descontando los ocho millones de duros anuales, aplicados al pago de la deuda nacional, que ascendia entonces á cincuenta y cinco millones de duros. Segun dice Ingersoll, aquellas fueron las únicas medidas que por entonces adoptó el Congreso para comenzar la guerra.

A primeros de marzo el Presidente ofició al Congreso, dándole cuenta de un hecho que causó una sensacion profunda en los Estados-Unidos. Con la comunicacion de Madison se acompañaban varios documentos á fin de probar que en febrero de 1809, y mientras el Gobierno Británico entablaba pacíficas negociaciones, el Gobernador General del Canadá, Sir Jacobo Craig, se habia puesto de acuerdo con un agente secreto llamado Juan Henry á fin de realizar un proyecto, que tenia por objeto promover una division en los Estados-Unidos, formando una Confederacion oriental que se pondria en relaciones con la Gran Bretaña. Henry trabajó activamente en aquel asunto; hizo repetidos esfuerzos para conseguir sus fines y escribió algunas cartas sobre el asunto á Sir Jacobo Craig; pero, segun parece, no le fué posible conseguir nada, ni aun entre los mas reconocidos adversarios del Gobierno. Habiendo pedido luego inútilmente al Gobierno Británico que remunerase sus servicios, volvió á los Estados-Unidos en diciembre de 1811, y en febrero de 1812 hizo un convenio con el Presidente, segun el cual se obligaba á entregar las cartas y demás justificantes que tenia en su poder por la suma redonda de cincuenta mil duros. Cuando el Gobierno Británico tuvo conocimiento de esto, negó por conducto de su ministro, haber tenido participacion alguna en semejante asunto, pero entre tanto Henry realizó

su dinero tan pronto como le fué posible, y los federalistas aseguraron con la mayor indignacion que aquello no pasaba de ser una superchería (*). Como quiera que sea, este hecho aumentó la exasperacion del partido dominante hácia Inglaterra, á quien se juzgaba capaz de cualquiera traicion contra los Estados-Unidos.

Mr. Jonatan Russell, que en noviembre de 1811, habia marchado á Lóndres como encargado de negocios de los Estados-Unidos, escribió á Mr. Monroe una carta en 14 febrero, manifestándole que el Gobierno británico no parecia dispuesto á derogar las órdenes del Consejo. En 4 de marzo, **1812.** Mr. Russell volvió á escribir al Secretario de Estado, notificándole cuáles habian sido las principales cuestiones del Parlamento, y terminaba su carta con estas palabras: «En mi concepto no queda esperanza de evitar la guerra.»

El dia 1.º de abril, el Presidente recomendó el embargo de todos los buques que hubiese en los puertos y los que llegaran, proponiendo que se hiciera aquel por término de sesenta dias, pero el Senado alargó el plazo á noventa, y la Cámara aprobó la medida en 3 de abril, aunque por una escasa mayoría, y á pesar de la enérgica oposicion de Juan Randolph y Josías Quincy. Aun cuando el Presidente habia dado este paso, esperaba que no seria necesario recurrir al último extremo, pues sabíase con seguridad que tampoco la Gran Bretaña deseaba romper las hostilidades. Pero el partido dominante se habia empeñado en sostener que era necesaria la guerra para volver por el honor de la nacion, y que no podia tolerarse por mas

(*) Véase la *Historia de la Convencion de Hartford*, páginas 195-212. Mr. Ingersoll hace tambien sobre este asunto algunas observaciones dignas de consultarse. Véase su *Historia de la Segunda guerra*, vol. II, págs. 219-22.

tiempo la insultante conducta de Inglaterra. Clay, Calhoun, Porter y Lowndes, en la Cámara, y Giles, Campbell y otros miembros en el Senado, defendieron su política con tal elocuencia y talento que derrotaron á la oposicion, y el Presidente no tuvo mas remedio que optar por la guerra ó esponerse á no ser reelegido.

Poco despues se decretó el embargo prohibiéndose bajo las penas mas severas exportar durante los noventa dias ninguna clase de géneros ó artículos, bien fuesen ó no producto del pais. En todo el mes de abril se adoptaron otras medidas tales como organizar un cuerpo de artilleros, ingenieros, etc., y á principios de mayo á consecuencia de haberse recibido varias solicitudes de Nueva-York, se discutió si seria conveniente levantar el embargo.

El dia 8 de abril se admitió á Louisiana para formar parte de la Union, y se clasificó entre los Estados, precisamente cuando mayor era la crisis en los negocios públicos. Unos quince dias despues falleció el Vicepresidente Jorge Clinton á una edad avanzada, en el momento, puede decirse, en que iba á estallar la tempestad de la guerra. Guillermo H. Crawford, elegido anteriormente Presidente del Senado *pro tempore*, **1812.** ocupó la vacante, consagrándose con el mayor celo al desempeño de sus funciones.

Volviendo ahora á los asuntos de Europa, vemos que Napoleon persistia en su acostumbrada política con los Estados-Unidos sin la menor consideracion. Mr. Barlow, el ministro americano en Francia, no habia podido conseguir nada en favor de los intereses de su pais, pues el Emperador se negó á prometer cosa alguna en lo tocante á reparar los daños y perjuicios causados al comercio americano. En la víspera de ponerse en mar-

cha para su memorable espedicion á Rusia, despidió políticamente á Mr. Barlow, diciéndole que le importaba muy poco el *Prefecto americano*, como llamaban burlescamente los federalistas á Mr. Madison. Mr. Barlow, insistió luego á fin de obtener del duque de Bassano un documento auténtico, declarando que se revocaban los decretos, con el fin de que el Gobierno británico no tuviese una excusa para no derogar sus órdenes del Consejo; pero cuál no seria su asombro cuando el ministro francés le envió un decreto del Emperador fechado en 28 de abril de 1811, por el cual los de Berlin y Milan se consideraban como nulos, respecto á los buques americanos desde el 1.º de noviembre siguiente. Barlow remitió desde luego una copia de este decreto á Mr. Russell, ministro en Lóndres, á fin de terminar de una vez este asunto y conseguir la anulacion de las órdenes del Consejo británico.

Los comerciantes y fabricantes de Inglaterra sufrían grandes perjuicios á consecuencia de verse privados del comercio con América, y en su vista, el Marqués de Lansdowne y Enrique Brougham, hicieron un esfuerzo en el Parlamento para conseguir que se anularan las órdenes del Consejo. La nacion se veia oprimida por las enormes contribuciones impuestas para continuar la guerra contra Napoleon; á cada momento ocurrían motines en los distritos manufactureros, y los comerciantes todos, experimentaban grandes pérdidas por la suspension de las relaciones comerciales con América, mas á pesar de todo esto, el ministerio se habia empeñado en no anular las órdenes, y persistió en ello hasta el último momento sin querer escuchar razones. El dia 23 de junio, sin embargo, **1812.** cuando ya, puede decirse que era inútil la medida, el Gobierno británico derogó sus odiosas órdenes, con las cuales

tanto daño habia hecho al pueblode América, atacando sus mas legítimos derechos; pero la derogacion era tardia, pues América habia embrazado ya su escudo, preparándose para el combate.

El dia 30 de mayo, Mr. Foster, el ministro inglés, dirigió una larga carta á monsieur Monroe, en la cual hacia minuciosas observaciones sobre la controversia entre ambos paises, y despues de anunciar que Inglaterra no desistiría de su política, terminaba diciendo: «La Gran Bretaña cree que separarse de las medidas adoptadas en defensa propia, seria renunciar desde luego á su conservacion, á sus derechos, y á los de las demás naciones, mientras que Francia se mantenga en la misma actitud, rigiéndose por las doctrinas promulgadas por Napoleon.» El ministro inglés aseguraba, pero no muy oportunamente, que el príncipe regente deseaba de todas veras restablecer la armonía entre ambos paises, pero bajo condiciones dignas de una monarquía tan poderosa como la Gran Bretaña.

Era llegada la crisis y hacíase necesario pasar de las palabras á los hechos, y al efecto, el Presidente adoptó luego sus disposiciones.

El dia 1.º de Junio Mr. Madison trasmitió al Congreso un mensaje confidencial, que nos parece oportuno reproducir aqui integro, toda vez que en él se esponen las diversas causas por las cuales se creia imprescindible recurrir á las armas.

«Al Senado y á la Cámara de Representantes de los Estados-Unidos.»

»Adjuntos remito al Congreso varios documentos, que son una continuacion de los presentados anteriormente, relativos á nuestras relaciones con la Gran Bretaña.

»Sin referirme ahora á los hechos ocurridos durante la guerra empeñada por la Gran

Bretaña en 1803, y prescindiendo de otros agravios de mayor importancia, veremos que la conducta de su Gobierno ha sido siempre hostil respecto á los Estados-Unidos, considerados como una nacion neutral é independiente.

» Los cruceros británicos han adoptado la costumbre de no respetar el pabellon americano, y de apoderarse, cuando les ha parecido conveniente, de nuestra gente de mar, no en virtud de un derecho fundado en la ley de las naciones, sino arrogándose una prerogativa en favor de los súbditos británicos, y de este modo la jurisdiccion de Inglaterra se estiende hasta los buques neutrales, en menosprecio de la ley de las naciones y de las leyes del pais á que aquellos pertenecen. Si la aprehension de los súbditos británicos pudiera en tales casos considerarse como el ejercicio de un derecho beligerante, las conocidas leyes de la guerra, que prohiben la adjudicacion de todos los efectos capturados, sin proceder antes á la debida investigacion ante un Tribunal competente, exigirian tambien para las personas un juicio en que se invocaría el sagrado derecho de gentes; pero en vez de ser así, cualquiera de los oficiales de la Gran Bretaña, hace de esos derechos el uso que tiene por conveniente.

» Bajo el pretexto de buscar súbditos británicos ausentes ó fugitivos de su nacion, miles de ciudadanos de América, protegidos por su pabellon y por la ley pública, han sido alejados de su pais, de su familia, de todo cuanto les era querido, y se han visto precisados á servir por fuerza en los buques de guerra de una nacion estraña, que los trasportó á remotos climas, obligándoles luego á tomar parte en batallas contra sus mismos compatriotas y á ser quizás la causa de la muerte de sus propios hermanos.

» Los Estados-Unidos han protestado en

vano contra esta incalificable enormidad, que la Gran Bretaña se habria apresurado á reprimir bien pronto, si se hubiera cometido contra ella; y á fin de probar hasta la evidencia que estaban dispuestos á celebrar un convenio amistoso con tal de que no se persistiese en semejante abuso, se aseguró formalmente al Gobierno británico que los Estados-Unidos accederian gustosos á un arreglo, si el único fin de Inglaterra era recobrar los súbditos que hubiera perdido y se hallasen en nuestro poder. Nuestras negociaciones en este sentido no obtuvieron nunca un resultado favorable.

» Los cruceros británicos no solo han tomado por costumbre infringir nuestros derechos, sino turbar tambien la paz en nuestras costas, entorpeciendo el comercio. A las mas irritantes pretensiones se han unido los mas inicuos abusos, y sin consideracion á las leyes y á la humanidad, los ingleses han vertido la sangre americana dentro del santuario de nuestra jurisdiccion territorial. Todos saben los principios y máximas que invocaba esa nacion al cometer semejantes iniquidades, y adviértase, que cuando los Estados-Unidos han reclamado el castigo de los delincuentes, la Gran Bretaña no ha hecho mas que recompensarlos y aprobar su conducta.

» Sujetos á un continuo bloqueo, y sin fuerzas para resistirnos, nuestro comercio se ha visto atacado en todos los mares; no hemos podido esportar nuestros géneros á los diversos mercados, y nuestra agricultura é intereses marítimos han recibido un golpe de muerte. Y para mayor ultraje, el Gobierno británico ha puesto en vigor este bloqueo por medio de comunicaciones oficiales, declarando que aquella era una medida legal.

» No satisfecho con arruinar nuestro comercio, el Gobierno británico, deseando ahuyentar del Océano todos los buques mercan-

tes y estender su bloqueo, espidió sus órdenes del Consejo, de las cuales ha hecho uso de la manera que mejor convenia á sus miras políticas, á sus intereses comerciales y á su desmedida ambicion.

» A nuestras protestas contra semejante injusticia, la Gran Bretaña nos contestó primeramente que al espedir dichas órdenes, solo se proponia combatir los efectos de los decretos de su enemigo, que bloqueaba las Islas británicas; y cuando luego se le hizo presente que sus actos habian dado lugar á esta medida, que sus edictos contra nosotros eran tan injustos como inmotivados, y que no debia ejercer represalias sino con aquel que hubiere dado lugar á ellas, y no contra el que se consideraba inocente, la Gran Bretaña no hizo aprecio ninguno de nuestras razones y protestas.

» Cuando se entablaron negociaciones con la Gran Bretaña, proponiendo reanudar las relaciones comerciales, si anulaba sus órdenes, el Gabinete inglés, en vez de aceptar, persistió en no separarse de su política contra los Estados-Unidos, hasta tanto que su enemigo admitiera en sus mercados los productos de Inglaterra, como si nosotros hubiéramos estado en la obligacion de coadyuvar á sus fines, restableciendo la armonía entre ambas naciones. De este modo la Gran Bretaña obraba contrariamente á las prácticas establecidas por ella misma respecto á las demás potencias, y daba á conocer su mala fé y la falsedad de sus asertos, por los cuales se creyó en un principio que habia sentido verse en la precision de espedir sus órdenes del Consejo, y que deseaba una ocasion para anularlas.

» En menosprecio de los derechos neutrales de los Estados-Unidos, el Gobierno británico exige ahora como condicion para anular sus órdenes contra nosotros, que al procederse á

la derogacion de los decretos franceses se observe una formalidad de ningun modo necesaria, y de la que no hay precedente, y pide tambien que al anularse los decretos de Francia no se comprendan solo en la medida á los Estados-Unidos, sino tambien á todas las potencias neutrales. La Gran Bretaña no ha querido sin duda tener en cuenta que los Estados-Unidos no son responsables de las medidas adoptadas por el Gobierno de Napoleon, pero debe recordar que en las esplicaciones oficiales, conocidas ya de todos, y en la correspondencia del ministro americano en Lóndres, con el ministro inglés de negocios extranjeros, se aclaró suficientemente este punto.

» No cabe la menor duda que el comercio de la Union se ve atacado, no por intervenir en los derechos beligerantes de la Gran Bretaña, no por facilitar recursos á sus enemigos, sino por tomar parte en el monopolio, que esa nacion ambiciona solo para sí en beneficio de su propio comercio y navegacion, y hace la guerra á una potencia amiga, á fin de obtener mayores ventajas, aumentando su tráfico.

» Deseando recurrir á todos los medios con el fin de evitar diferencias enojosas, los Estados-Unidos han mantenido relaciones comerciales con la Gran Bretaña, las cuales no podian menos de reportarla beneficios, gracias á las restricciones que introdujo en nuestro tráfico con los demás paises. Su Gobierno, no obstante, sin tener en cuenta nuestros buenos deseos, no ha querido desistir de sus propósitos, como si prefiriera hacer toda clase de sacrificios mas bien que ceder á una reclamacion de justicia ó renunciar á los errores de un falso orgullo. Tal era nuestro deseo de conseguir que el Gabinete británico anulara sus injustos edictos, que el jefe del poder ejecutivo llegó á indicarle